

Universidad y poesía

David Huerta

A partir de la emblemática figura de Dante, David Huerta reflexiona acerca de los profundos vínculos entre la poesía y las universidades, y destaca las grandes colecciones editadas por la Universidad a lo largo de su historia, que van desde los clásicos latinos hasta la novísima poesía mexicana, pasando por los imprescindibles estudios académicos.

En la historia de la cultura occidental, hay una imagen perfecta de la presencia de los poetas en la Universidad: Dante Alighieri en la Sorbona medieval, y acaso también en Oxford, a principios del siglo XIV. De ese paso, de esa presencia, queda en París un recuerdo en la nomenclatura del Barrio Latino: la *rue Dante*.

¿Dante, universitario? Desde luego. En la Sorbona y en Oxford completaría las enseñanzas de Brunetto Latini y establecería relaciones intelectuales con algunas de las personalidades más luminosas del pensamiento en Europa. Saber, inteligencia, rigor: el espíritu dentro del tiempo, ideal de la Universidad. Además, la convivencia, el diálogo, los intercambios de ideas: una experiencia entre colegas o semejantes, dentro de una corporación institucional consagrada a la vida de la mente, a la energía del intelecto. Dentro de la mente danteana, los saberes eran procesados a una velocidad de vértigo y deleita imaginarse —así fuere un poco, sólo un poco— el estímulo, para el florentino, del debate universitario y del diálogo entre pares.

Alighieri, el estudioso genial, necesitaba acopiar y velar sus armas para levantar el más grande poema de la Cristiandad, y entre esas armas se contarían los recursos inagotables del saber antiguo. Dan ganas de exclamar en un tono exaltado, como el de Saint-John Perse

(al menos como el de Perse en las versiones de Jorge Zalamea): ¡universidades medievales!, ¡toda honra en las aguas lustrales del día para la espiga del conocimiento y el establecimiento fundacional de los mundos en vuestra nombradía! Pues la universidad medieval europea está en el principio de todo, sin la menor duda —y en esos ámbitos tan distantes quiero ver la imagen de Dante, como la veo también, siempre, a la entrada de la Facultad de Filosofía y Letras, en el monumentito adosado a uno de los muros interiores del primer jardín.

Las universidades medievales —Bolonia, la primera de todas— tenían en sus programas (como diríamos ahora) una ciencia reina: la teología. Apenas por debajo de ella, se organizaba y articulaba el *trivium* de las artes liberales: lógica, gramática y retórica. La vinculación de esos centros de saber con la antigüedad clásica era, por lo tanto, evidente y orgánica, y la enseñanza se desplegaba a partir de centros fijos del conocimiento y la sabiduría; coexistían en todo ello el poeta Virgilio, el orador Cicerón, el sabio Aristóteles y un caudal de espíritus y obras de Roma y Grecia, enmarcado el conjunto en las rigideces y simetrías del escolasticismo.

La universidad medieval es la base o cimiento de las escuelas de educación superior en la mayor parte del mundo occidental. El arte *suasoria*, es decir, la oratoria,

junto con su dechado —la obra de Marco Tulio Cicerón—, procuraba aprovechar la memoria y la retórica para convencer de ciertas ideas (*persuadir*: de ahí el adjetivo *suasoria* para calificarla) a los oyentes, al auditorio de los discursos, de lo dicho; de entre muchas otras maneras, por medio de recursos capaces de conmoverlos: una finalidad no ajena a las finalidades manifiestas y consabidas de la poesía, como lo sabe o debería saberlo cualquier hijo de vecino.

Dante lo aprendió, pues, todo —y escribió el Poema. Sin la universidad, sin la espiga inmensa del conocimiento, nada se explica, o se explica difícilmente, ni en poesía ni en ningún otro terreno. Uno de los poetas mexicanos de quien puede uno aprender de veras, Gerardo Deniz, apenas pisó las aulas universitarias —los laboratorios de química, en su especialísimo caso— y no quiso volver a saber nada de ello. Me basta, empero, el hecho incontrovertible: hasta un rebelde e inconformista tan radical como Deniz pareció entender alguna vez el valor de la universidad, aun cuando renegara de ella más tarde.

En un hermoso libro sobre la intelectualidad medieval, el historiador francés Jacques Le Goff cuenta una infinidad de historias divertidas y sorprendentes; también aclara el sentido “corporativo” de la palabra *universidad*, ignorado, o dejado atrás, en beneficio de la actual interpretación “universalista”, modo de ver tanto el vocablo como la institución.

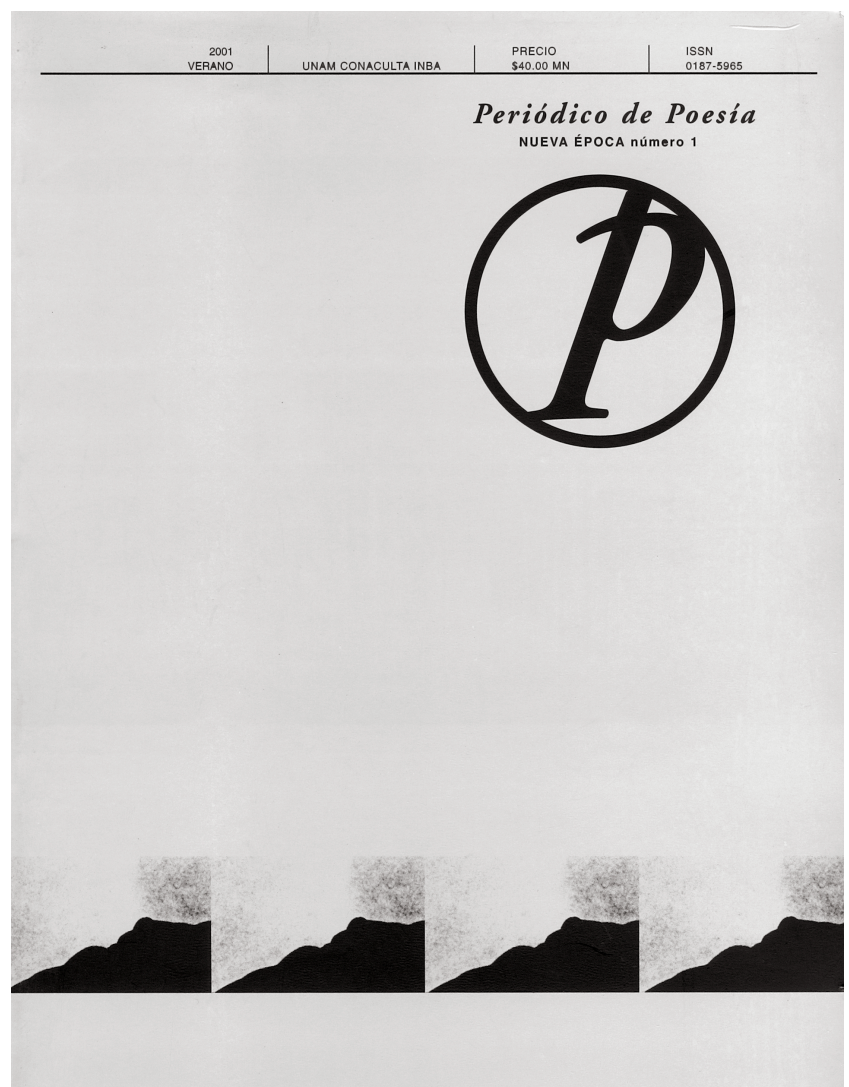
Le Goff explica en su obra cómo el nomadismo de los estudiosos —los llamados *wandering scholars*, muchos de ellos goliardos, poetas ajugarados— fue trocado por el sedentarismo de la fundación institucional de las primeras universidades. El saber no fue detenido por ello; sencillamente adquirió nuevas formas y se invistió de nuevos estilos de difusión y preservación, mucho más estables, duraderos y enraizados en entornos y contextos sociales definidos, o si se quiere “nacionales”. De la etapa anterior —heroica, romántica— a ese asentamiento corporativo de los “estudiosos vagabundos” quedan algunos testimonios conmovedores; por ejemplo, un poema de la España medieval: “Razón de amor”, cuyo autor fue sin duda uno de esos *wandering scholars*; él mismo lo dice casi al principio del poema:

Qui tyriste tiene su corazón
venga oyr esta razón.
Odrá razón acabada,
feyta d’amor e bien rimada.
Un escolar la rimó
que siempre duenas amó;
mas siempre ovo tryança
en Alemania y en França,
moró mucho en Lombardía
por aprender cortesía.

El sabio Manuel Alvar moderniza el pasaje de esta manera: “Quien triste tiene su ánimo, venga a oír este relato. Escuchará un cumplido poema de amor bien rimado. Lo escribió un clérigo muy enamorado de las mujeres; se educó en Alemania y en Francia y, durante largos años, residió en Lombardía para aprender las normas cortesanas”.

La relación manifiesta entre el hecho de estar “bien rimado” el poema y ser su autor un “escolar” o “clérigo” vagabundo —viajero, errante, curioso: lo muestra su itinerario europeo— está bien trabada: estamos ante un poema “culto” —ante un poema universitario; no cualquiera hubiera podido componer “Razón de amor”, nos dice su autor con un punto de vanidad: hacía falta un estudiante bien preparado y conocedor, versado en la experiencia del amor y en las “normas de cortesía”. La fecha conjeturada para este poema lo sitúa a mediados del siglo XIII: la encrucijada del amor trovadoresco de raíz provenzal, del *dolce stil nuovo* y de los primeros afanes de las universidades europeas.

La enseñanza de la poesía ha sido constante en la UNAM. Sólo quiero recordar aquí el gran curso —duraba cinco años largos— impartido por Antonio Alatorre en la Facultad de Filosofía y Letras: su tema era la



poesía de los siglos de oro y su marco histórico abarcaba de principios del siglo XVI a fines del siglo XVII, es decir, de Garcilaso de la Vega a sor Juana Inés de la Cruz. El método de Alatorre no podía ser más sencillo: la lectura atenta, aun pormenorizada y cuidadosamente documentada (*close reading*), de un puñado de poemas “áureos”. Quienes asistieron asiduamente a esas clases —yo fui a algunas decenas de ellas, como simple oyente— nunca las olvidarán en los días de su vida; yo, un poco intruso, pero interesado y apasionado del tema, tampoco. La legendaria clase de Alatorre en la Facultad es el modelo en el cual deberán inspirarse las clases de poesía en nuestra Universidad.

Pero si llamé “gran curso” a esa clase alatorriana no es solamente por su larga duración en el tiempo: un lustro cabal; sino, sobre todo, por su riqueza intelectual y sensible, por su discernimiento de buena crítica y por su discreción, acompañada de una sabiduría y una erudición notables. Quienes han escuchado a Antonio Alatorre —en general, personas de veras interesadas en la poesía, en la literatura y en los estudios serios— siempre han aprendido algo. Quienes leemos y releemos sus libros con auténtica avidez también aprendemos. Es un verdadero maestro universitario: no uno de esos falsos y antipáticos catedráticos, solemnes y pedantones, auténticos pavorreales de las aulas; sino un hombre dispuesto al diálogo, riguroso y absolutamente dedicado a sus temas. No me ocuparé aquí de los pormenores de su labor como filólogo, investigador y editor; únicamente quiero poner de resalto su extraordinaria labor como estudioso de la obra de sor Juana Inés de la Cruz.

La UNAM tiene en la Facultad de Filosofía y Letras el lugar ideal para la enseñanza y la difusión de la poesía; pero no es el único, ciertamente. En Publicaciones, en la Dirección de Literatura y en Difusión Cultural hay infinidad de actividades consagradas por entero a la poesía. Recuerdo y recordaré mientras viva el taller de Juan Bañuelos, en los años 1967 y 1968, impartido por el poeta chiapaneco en el décimo piso de la torre de rectoría, bajo los auspicios de Difusión Cultural, dirigida entonces por el escritor e historiador Gastón García Cantú.

Hace algunos meses, un puñado de maestros y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras organizaron una serie de lecturas de poesía y la titularon “El alud

púrpura”. Fue una hermosa iniciativa. A la cabeza de la organización estaban Alfonso Vázquez, filósofo, e Ingrid Solana, estudiante, poeta y ensayista. En uno de los grandes salones de la Facultad se dieron cita varias decenas de poetas de diferentes generaciones; la primera mesa, la de los “viejos”, fue por supuesto la mía.

Las ediciones universitarias siempre han tenido lugar para la poesía. Varias colecciones han acogido obras poéticas en la Universidad Nacional Autónoma de México. A una persona medianamente informada, no le resultarán extraños los nombres de algunas colecciones en las cuales nuestra Universidad ha publicado poesía: Poemas y Ensayos, la Biblioteca del Estudiante Universitario (BEU) y la Biblioteca Mexicana de Autores Griegos y Romanos (con su marmóreo rótulo titular en latín, un poco intimidante: *Bibliotheca Scriptorvm Graecorum et Romanorum Mexicana*), a cuya cabeza ha estado largos años uno de los grandes poetas de nuestro idioma: el veracruzano Rubén Bonifaz Nuño, notable traductor de varias obras clásicas, del padre Homero a Virgilio, pasando por Catulo, Lucrecio, Propercio y Ovidio; además, a lo largo de las décadas han aparecido innumerables ediciones especiales de libros de poesía y de revistas literarias con el sello de la UNAM. Yo mismo dirigí una revista universitaria, *Periódico de Poesía*, de 2001 a 2006, al lado de Francisco Martínez Negrete, Lourdes Ladrón de Guevara, Eduardo Uribe y Pablo Lombó.

En Poemas y Ensayos, colección benemérita, muchos lectores de mi generación entramos por primera vez en contacto con los poemas de Fernando Pessoa en versiones de Octavio Paz, por ejemplo; recuerdo con emoción singular un hermoso libro de Paul Éluard: *El Ave Fénix*, también incluido en el catálogo de Poemas y Ensayos. Y las obras de Jorge Cuesta y los poetas suecos y tantos otros. En ediciones universitarias especiales, conmemorativas o preparadas para ocasiones señaladas, debe mencionarse una edición de *Muerte sin fin*, entre otras, y algunos facsímiles valiosos.

En la BEU, por otra parte, la lista sería enorme; pero no quiero dejar de mencionar los tres tomitos de *Poetas novohispanos*, la antología inevitable por tantísimos años, hecha por Alfonso Méndez Placarte.

Estoy seguro de esto, y con ello concluyo gustosamente estos apuntes: muchos libros de poesía publicados por la UNAM pueblan los estantes, modestos o no, de innumerables bibliotecas domésticas de nuestro país.

Muchos libros de poesía publicados por la UNAM pueblan los estantes, modestos o no, de innumerables bibliotecas domésticas de nuestro país.